

De más estima es el buen nombre que las muchas riquezas, y la buena fama más que la plata y el oro juntos. Proverbios 22:1

La Fortuna Arrebatada del Fuego



El Señor Roberts regresó de Francia después de la guerra mundial con el vicio de cigarrillo. Su esposa joven hizo el intento de disuadirle el uso de tabaco, pero siendo que no le hizo caso, no le habló más del asunto. Sin embargo una noche, al regresar de su trabajo, él la encontró a ella y a su hijo, Rafael, de 5 años, sentados juntos en la sala fumando. El señor Roberts escandalizado, comenzó a predicarle a ella como ella le había hecho a él. Después de una discusión, ella se puso de acuerdo en dejar los cigarrillos si él lo haría también, a lo menos hasta que el hijo llegara a ser mayor de edad. El dinero economizado ella iba a depositarlo como ahorro en el banco.

El señor Roberts encontró difícil romper con el vicio, pero con firme decisión y ayuda sobrenatural, ganó la victoria.

Cuando Rafael terminó sus estudios secundarios, era un joven fuerte, animado con buena salud, tanto mental como física. Como resultado, él se distinguió en varios concursos. Sacó fama en la prensa. Una compañía tabacalera mandó a su representante para hablarle en cuanto a la venta de su nombre en la propaganda de la compañía. La oferta que le hizo era muy atractiva – mil dólares en efectivo, solamente por decir que él debía su éxito al uso de cigarrillos de cierta marca.

“Pero yo no fumo”, contestó Rafael.

“Está bien”, dijo el agente consolándole, y le explicó que muchos de sus mejores testimonios eran de personas que no fumaban y que no fumaría por cualquier cantidad de dinero. Comprendiendo que

Rafael tenía también conciencia que no le permitía mentir, le hizo la sugerencia de decir simplemente: “Nunca fumé otra marca”.

“Probablemente esa sea la verdad, sin embargo implica una mentira”, pensaba Rafael y así no consentía aceptar la oferta.

El agente se fue después de haber convenido en regresar después de haber dejado a Rafael tiempo para pensarlo bien. Rafael estaba solito, sus libros estaban en la mesa, pero su mente estaba tan agitada que no podía pensar en sus estudios.

“¡Mil dólares! Esa es buena cantidad en cambio por mi firma, y además estaba pensando mucho acerca de dónde ganar del dinero para la universidad el año entrante. ¡Mil dólares! Buena oferta, pero —.”

Alzó la vista y sus ojos cayeron en un calendario colgado en la pared encima de su mesa. Leyó las palabras del hombre más sabio que jamás había vivido: “De más estima es el buen nombre que muchas riquezas”. ¡El buen nombre! El ciertamente tenía esto, - pero ¿lo vendería?

¿Lo vendería por cualquier cantidad? A solas con su conciencia y con Dios decidió el bien.

Más tarde en el día su madre entró en el cuarto con el librito de la cuenta bancaria en su mano y pidió a su esposo y al hijo adivinar el porte de la cuenta. Ambos casi se habían olvidado del asunto y adivinaron una cantidad poca. Ella contestó negativamente.

“Entonces voy a subir un poco”, contestó su esposo. “Digamos unos trecientos dólares”.

Abriendo el librito, lo colocó sobre la mesa a la vista de los dos.

“Imposible, Mamá”, gritó el muchacho mientras miraba con susto las figuras en el librito. “No es posible que sea más de tres mil dólares en sólo doce años”.

“Yo no he revisado la cuenta, pero la contabilidad del banco casi siempre es correcta,” dijo Mamá.

“Pero tú has depositado más que el valor de tres paquetes de cigarrillos diarios. No es posible que esto ascienda a tres mil dólares en doce años”.

“Solamente los intereses han sido sumados a la cuenta. Cada mes yo he depositado a esta cuenta de ahorros el precio de un paquete de cigarrillos por cada uno de nosotros, cada día. El total, incluyendo intereses, allí pueden ver”.

“¿Quién hubiera creído eso?”

“Pero aquí también hay otras cosas que hay que tomar en cuenta”, siguió diciendo Mamá mientras que Papá y Rafael, mudos con admiración la miraban. “El convenio se hizo por el período de dieciséis años, o sea hasta que Rafael cumpliera veintiún años. ¿No te acuerdas? Nos restan cuatro años y así será posible que él se gradúe en la universidad antes de seguir con este hábito tan costoso, sea el caso que él quisiera hacerlo”, ella agregó con una sonrisa.

“Después de gastar seiscientos dólares por año en la universidad, todavía nos quedarían mil doscientos dólares en el banco cuando él se gradúe. Con esto yo propongo una de dos cosas: o que él

enganche sobre la compra de una casa, o que los tres hagamos un viaje a Europa. Siempre he querido viajar, pero nunca he tenido el privilegio, pero parece que a lo menos uno de mis sueños podría realizarse”.

“¿Cuánto cuesta un paquete de cigarrillos cada día por un año?” preguntó Rafael. “Solamente \$54.75”, contestó su mamá.

Entonces el joven comenzó a formular un plan para aumentar en el futuro el dinero economizado de sus cigarrillos.

“Si estás de acuerdo” dijo su mamá, “Yo seguiré agregando el dinero de mis cigarrillos al tuyo después de tu graduación”.

“¡De acuerdo!” gritó Rafael.

“¿Qué parte tendré yo en la ganancia? ¿No me tocarán algunos centavos también?” protestó Papá.

“Por supuesto”, contestó la tesorera de buen humor, “Pero tú estarás quemando los tuyos”.

“Nunca, si mantengo mis cinco sentidos. Ese es un hábito que jamás volverá a esclavizarme – pero, Rafael, aquí está tu visita. Creo que nos conviene a mí y a Mamá dejarte arreglar tus propios asuntos solito. Así, tú tienes nuestro permiso de formar tu propio criterio en el asunto, pero acuérdate que la firma tuya será la de un héroe de los muchachos”.

Durante varios minutos, Rafael escuchaba pacientemente a los argumentos del agente de la compañía tabacalera. Se quedaba siempre firme en su decisión.

“Siento mucho por haberle entretenido tanto, pero mi decisión queda en pie”, dijo Rafael.

“Pero, siendo el caso que a Ud. no le parece la leyenda que nosotros propusimos, escriba usted algo que le parezca. No puedo prometer que sea aceptado por la compañía pero tendría el gusto de presentarlo para su consideración”.

“Muy bien, siendo que Ud. insiste, escribiré algo,” y acercando su máquina de escribir, le metió una hoja y rápidamente escribió lo que sigue: “De más estima es el buen nombre que las muchas riquezas”.

Doblando la hoja cuidadosamente, la metió en un sobre y con una sonrisa, la entregó al agente con estas palabras: “He allí Ud. tiene mi respuesta final y definitiva”.